

# *Un perro rabioso*

*Noticias desde la depresión*

**MAURICIO MONTIEL  
FIGUEIRAS**

**T**

**TURNER NOEMA**



*Un perro  
rabioso*



# *Un perro rabioso*

*Noticias desde la depresión*

**MAURICIO MONTIEL  
FIGUEIRAS**

**T**  
TURNER

Título:

*Un perro rabioso. Noticias desde la depresión*

© Mauricio Montiel Figueiras, 2021

De esta edición:

© Turner Publicaciones SL, 2021

Diego de León, 30

28006 Madrid

[www.turnerlibros.com](http://www.turnerlibros.com)

Primera edición: enero de 2021

Diseño de la colección:

Enric Satué

Ilustración de cubierta:

*El soñador*, 1835, Caspar David Friedrich. © Museo Hermitage

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

ISBN: 978-84-18428-38-8

DL: M-30528-2020

Impreso en España

La editorial agradece todos los comentarios y observaciones:

[turner@turnerlibros.com](mailto:turner@turnerlibros.com)

Para Lya, que me dio esperanza, fortaleza y mucha  
luz en el combate contra el perro

Para Ángel, Alejandro, Juan Carlos,  
Andrés y María Guadalupe,  
que advirtieron la mordedura del perro y me  
ayudaron a curarla

Para Juvenal Acosta, Enrique Blanc,  
Alejandro Borrego, Bernardo Esquinca,  
María Giner de los Ríos,  
Bettina Larroudé, Juan Vázquez Gama,  
Cindy Ventura y Naief Yehya,  
apoyos indispensables en la batalla que libré

Para Carolina Lozoya y Agustín Torres Cid de León,  
que me hicieron ver que hay remedio para  
las mordeduras profundas

Ana Marimón Driben, *in memoriam*

El autor agradece el apoyo  
del Sistema Nacional de Creadores de Arte de México  
en la escritura de la versión final de este libro



Solía ser más oscuro, luego me iluminé  
para oscurecerme de nuevo.  
Y algo demasiado grande para ser visible  
no dejaba de sobrevolarme.\*

BILL CALLAHAN

La depresión es uno de los modos desconocidos de ser. No hay palabras para un mundo despojado del yo, visto con claridad impersonal. Todo lo que el lenguaje puede registrar es el lento regreso al olvido que llamamos salud, cuando la imaginación recolorea automáticamente el paisaje y la costumbre desdibuja la percepción y el lenguaje retoma sus florituras rutinarias.

ANNE CARSON

La pandemia de angustia mental que aflige nuestra época no puede entenderse ni curarse adecuadamente si se considera un problema privado que sufren personas dañadas.

MARK FISHER

Estoy seguro de que el aullido de un perro rabioso, que se obstina de noche alrededor de nuestra casa, provocará en todos la misma fúnebre angustia.

HORACIO QUIROGA

\* *"I used to be darker, then I got lighter, then I got dark again. And something too big to be seen was passing over and over me".*





PRÓLOGO  
*El mundo infernal*

He dado a mi dolor un nombre,  
y lo llamo 'perro'.

FRIEDRICH NIETZSCHE,  
*LA GAYA CIENCIA* (312)

**F**ue en junio de 2014 cuando conocí al perro. En un principio lo vi a la distancia, rondando el consultorio del gastroenterólogo que me atendió en mi ciudad natal debido a un severo problema de reflujo gastroesofágico (ERGE) y que al cabo de realizarme algunos estudios me diagnosticó esófago de Barrett, una afección que consiste en la modificación del revestimiento esofágico y que si no se remedia a tiempo puede redundar en cáncer, esa palabra por todos tan temida. La única solución, me aseguró el médico durante mi segunda visita, era una intervención quirúrgica que había que programar cuanto antes para evitar complicaciones. Salí del consultorio con la fecha de la cirugía (22 de agosto) pendiendo sobre mi cabeza como una modalidad de la espada de Damocles que subrayó la presencia del perro, que había acertado la distancia y ladraba ya no cerca sino dentro de mí, alertándome de la enfermedad psíquica que se gestaba insidiosamente por debajo de la física. Por primera vez en mis cuarenta y seis años, cumplidos apenas días atrás, me enfrentaba cara a cara con un problema grave de salud y por ende con mi propia

mortalidad. El desequilibrio anímico que provocó esa aceptación, potenciado por el reconocimiento de mi dependencia química al alprazolam –la benzodiacepina que consumía como ansiolítico de forma sistemática e ininterrumpida desde la muerte prematura de mi madre acaecida en noviembre de 2005–, me convirtió en presa fácil del perro negro que la historia ha insistido en adjudicar como metáfora a Winston Churchill, pese a que hipótesis recientes muestran que se trata de una imagen aplicada a otro contexto. Como sea, lo cierto es que la depresión me hincó los dientes con fuerza y me transportó a un mundo ajeno por completo a mí y regido por espantosas crisis de ansiedad, insomnio, pavor y tristeza, que me impidieron funcionar normalmente en las semanas previas a mi cirugía, durante las cuales lo único que me mantuvo más o menos a flote fueron los partidos de la Copa Mundial en Brasil. (Yo, que no soy aficionado al fútbol en lo más mínimo, me aferré al deporte televisado como a una tabla de salvación). La laparoscopia que al fin se me practicó para atender el esófago de Barrett solo logró empeorar las cosas: la sensación de inermidad e impotencia se acentuó con el dolor y el régimen posoperatorios y causó que la mordedura de la depresión se hiciera más profunda, más desoladora. El periodo de supuesta recuperación quirúrgica ha sido una de las etapas más oscuras de mi vida: recuerdo mañanas en que la simple idea de abandonar la cama constituía un reto titánico, mediodías y tardes que se ensanchaban ante mí como enormes vacíos que debía llenar de alguna manera que siempre estaba fuera de mi alcance, noches en las que la angustia ahuyentaba mi sueño a un rincón inaccesible para instalar una vigilia cruel donde no cabía la esperanza del amanecer. A sabiendas de que lo que padecía no era una aflicción pasajera sino una depresión con todas las de la ley –a sabiendas, pues, de que al morderme el perro me había transmitido su rabia sin control–, pedí ayuda y consejo a un amigo neuropsiquiatra que me recibió para examinarme y

recetarme algunos medicamentos. Así dio inicio lo que ahora llamo la montaña rusa depresiva, la sucesión de subidas y bajadas de la química cerebral detonada por fármacos que mi amigo fue dosificando y vigilando por WhatsApp hasta el momento en que dejó de responder mis mensajes. No lo culpo por este desinterés: en última instancia el responsable fui yo, ya que jamás se me ocurrió solicitar a mi amigo que se ocupara de mí como paciente con todo el compromiso que eso conlleva para ambas partes. De ese modo me hallé totalmente solo en mi montaña rusa, supeditado a caprichos farmacológicos que alteraban mi ánimo y afilaban mi desesperación hasta extremos punzantes que se me antojaban dignos de una pesadilla duradera y abrumadora. Porque, aunque suene al más ordinario de los clichés, eso es justo la depresión: una pesadilla que se vive –que se sufre– con los ojos bien abiertos y que lenta, irremediamente, va debilitando los cimientos de nuestra realidad hasta transformarla en una construcción endeble que se puede venir abajo con el más pequeño de los sismos que sacuden nuestro espíritu. Vuelto un auténtico manojito de nervios –¿quién me iba a decir que alguna vez escarmentaría en carne propia ese tópico literario?–, busqué apoyo primero en un psicólogo, que pese a la desgana con que me atendió me arrojó la primera sogá para emerger del pozo al que me había precipitado, y luego en un grupo de Alcohólicos Anónimos que se reunía a diario de siete y media a nueve de la noche a escasas cuadras del departamento que alquilo desde hace varios años en Ciudad de México. Nunca olvidaré la indefensión que me producía plantarme al frente del salón ubicado en el último piso de un edificio de oficinas para reconocer mi farmacodependencia ante una docena de extraños: “Hola, soy Mauricio y soy alcohólico y adicto al alprazolam”. Mientras hablaba de los distintos caminos que me habían conducido hasta ese instante y ese lugar, las tormentas de verano se desataban con furia para difuminar el telón urbano a

mis espaldas y recordarme que el perro me estaría aguardando incluso bajo la lluvia. Por esa época retomé el contacto con una querida amiga que por desgracia se quitaría la vida cuatro años más tarde, en julio de 2018, por efecto de la misma enfermedad rabiosa de la que yo era víctima y contra la que ella luchó durante al menos dos décadas antes de darse por vencida. (Deprimirse cansa, para parafrasear al poeta italiano Cesare Pavese, otro que vio el suicidio como el único escape posible de las tinieblas existenciales). Fue esa amiga quien me recomendó a la psicoanalista con la que comencé a acudir con recelo de que se repitiera la mala experiencia que había tenido con el psicólogo; desde mi primera visita, no obstante, supe que me encontraba en manos de una mujer inteligente, sensible y consagrada por entero a su profesión y sus pacientes, lo que me brindó la confianza que tanto necesitaba para externar y analizar los daños hondos que el perro me había ocasionado. Poco a poco, con el auxilio de mi familia, mis amistades próximas, mi pareja de entonces, mi terapeuta –con quien aún asisto una vez a la semana– y el grupo de Alcohólicos Anónimos –al que agradezco haber fungido como mi soporte durante los dos meses en que me presenté de manera puntual a sus reuniones de lunes a viernes–, conseguí reponerme de la mordedura depresiva y pude recoger mis pedazos para entregarme a la restauración de la persona que había sido y que se había disgregado como consecuencia de la enfermedad. Poco a poco recobré mi ritmo circadiano, brutalmente trastornado por las crisis de insomnio –solo quienes hemos padecido el insomnio de la depresión somos conscientes de su grado de salvajismo–, y empecé a ver luz donde antes solo distinguía sombras amenazadoras. Poco a poco los ladridos coléricos del perro pasaron a formar parte del ruido de fondo de todos los días, apenas un murmullo que se disolvía tras la sirena de ambulancia que rasgaba el silencio de la noche donde me desplomaba ansioso por volver a soñar.

Cuatro años después, en marzo de 2018, el perro regresó a mi vida. Y lo hizo con renovados bríos, desplegando una saña todavía mayor que me tomó por sorpresa y me arrastró de nuevo al pozo que con tanta dificultad había abandonado. Ahora el detonador de la caída no fue una dolencia corporal, sino emocional –la ruptura con la pareja con quien compartí cuatro años fabulosos aunque llenos de inseguridades y vaivenes debido a la distancia geográfica–, que me reveló una inmensa zona de desconsuelo y vulnerabilidad a la que no había accedido en las cuitas amorosas de mi juventud, una región cubierta por un cielo permanentemente tormentoso que no se había perfilado ni siquiera al terminar la relación tóxica en que se transfiguró mi matrimonio de ocho años con la madre de mi hija, la mujer más nociva, rencorosa y violenta con quien me he topado. Ahora, mientras sentía por segunda vez los conocidos colmillos iracundos que se hincaban en mi carne y en mi mente, comprendí que en la depresión no hay uno sino varios fondos que se pueden tocar, y que yo solo me había familiarizado con uno de ellos antes y después de mi intervención quirúrgica en agosto de 2014. Ahora el perro olfateó con deleite mi congoja, mi desamparo sentimental, mi fragilidad extrema, y su ataque fue casi mortífero. Recuerdo con nitidez –cómo no recordarla– una madrugada de insomnio feroz en que comenzó a rondarme con tenacidad la idea del suicidio: bastaría, imaginé, salir al balcón de mi departamento y arrojarme al vacío para acabar para siempre con el suplicio que me impedía ser una persona sana. (Ser una persona, punto; si algo hace la depresión es despersonalizar al individuo). Recuerdo haber pensado que si lograba sobrevivir a esa verdadera noche oscura del alma me gustaría contar mi experiencia a quien quisiera escucharla o leerla. Y cerrando los puños me dispuse a esperar el alba que me parecía tan lejana, tan imprecisa, a diferencia del balcón tan atrocemente cercano,

tan horriblemente concreto como debió ser el puente Mirabeau para el gran poeta rumanoalemán Paul Celan en la madrugada bárbara del lunes 20 de abril de 1970.

Este libro es el relato fragmentario de un sobreviviente. Lo escribí primero como ejercicio de catarsis –iba a decir purificación– en Twitter, donde ante mi asombro fue hallando un eco generoso entre una comunidad de lectores que creció de modo progresivo en el transcurso de los meses en que registré el desarrollo de mi depresión y emprendí una búsqueda de espejos que me pudieran reflejar en el arte, el cine, la filosofía, la literatura, el psicoanálisis, la psiquiatría y eso que llamamos realidad cotidiana. Es, por lo mismo, el testimonio de primera mano de una temporada en el infierno que encontró su punto más álgido aquella noche en que temí por mi integridad física y alcancé a oír las palabras del poeta francés Arthur Rimbaud, niño terrible por antonomasia, por detrás de los ladridos enloquecidos del perro que me había hecho su presa:

El reloj de la vida se ha detenido hace un momento. Ya no estoy en el mundo. La teología es seria, el infierno está ciertamente *abajo* y el cielo arriba. Éxtasis, pesadilla, sueño en un nido de llamas.

[...]

¡Ah, remontar a la vida! Echarle un ojo a nuestras deformidades. ¡Y ese veneno, ese beso mil veces maldito! ¡Mi debilidad, la crueldad del mundo! ¡Mi dios, piedad, escóndeme, me siento demasiado mal! Estoy escondido y al mismo tiempo no lo estoy.

Es el fuego que se reaviva con su condenado.

Ciudad de México, octubre de 2019